

BOLETIN
MENSUAL

JULIO/AGOSTO

Orden Tercera del Carmen

Recuerdos de Fray Tarsicio



Fray Luis María Miranda Rivera, O. Carm.



Fray Tarsicio María Gotay Figaredo, O. Carm., nació en Río Piedras, Puerto Rico, el 8 de mayo de 1948. Hijo mayor de Don José Gotay Irizarry y Doña Elvira Figaredo López.

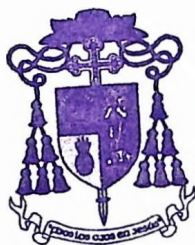
Fue bautizado en la Iglesia San Antonio, de Río Piedras. Hizo su Primera Comunión a los siete años, en 1955, en la Iglesia La Milagrosa también de Río Piedras.

Estudió en la Escuela Elemental y Superior de la Universidad de Puerto Rico. Se graduó de 4to año en el 1966.

Estudió filosofía y otras materias en el Seminario Regina Cleri de Ponce. Llegó a España el 11 de julio de 1968. Vistió el hábito Carmelita el 7 de septiembre de 1968. Hizo su profesión temporal en el Convento Virgen de la Esperanza, Orinda, Castellón (España) el 7 de septiembre de 1969. Estudió teología en el Instituto Teológico de los Padres Dominicos, en El Vedat-Torrente (Valencia) y en el Instituto "Gaudium et Spes" de Salamanca (España).

Emitió la profesión solemne el 8 de septiembre de 1972, y fue ordenado sacerdote en Salamanca el 18 de marzo de 1973. Estudió la licenciatura en espiritualidad en el "Teresianum" de Roma.

Ha sido coadjutor en las parroquias de los Padres Carmelitas de Ciales, Santa Teresita y Morovis. Fue profesor en diversos centros de estudios teológicos de la Arquidiócesis de San Juan; responsable nacional de la Renovación Carismática; Rector del Seminario Mayor Carmelita de Puerto Rico; Delegado Nacional de la Tercera Orden del Carmen; Consejero y Secretario del Comisariado de las Antillas; Secretario General de la Orden en Roma (Italia); Párroco de Santa Teresita; Director de la Academia Santa Teresita; Vicario Regional San Juan-Santurce, y miembro de varias comisiones de la Arquidiócesis de San Juan.



Rubén A. González Medina, c.m.f.

OBISPO DE LA DIÓCESIS DE CAGUAS

HC 04 Buzón 44015
Caguas, Puerto Rico 00727

*Homilía de la Eucaristía del P. Rubén Antonio González Medina, cmf,
Obispo de la Diócesis de Caguas con ocasión de las exequias del
P. Tarsicio María Gotay Figaredo Orden del Carmen
23 de junio de 2012*

“Para los que creemos en ti, Señor, la vida no termina sino que se transforma y al deshacerse esta morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo.”

Prefacio de difunto I

Amados hermanos y hermanas, creemos por la fe que la muerte no es el final de la existencia humana, sino la entrada en una condición de vida nueva y definitiva. La muerte es puerta que se abre y nos incorpora plenamente al misterio del Dios comunión que nos ha creado.

Ante la muerte se impone el silencio, ese silencio que, haciéndonos entrar en el diálogo de la eternidad y revelándonos el lenguaje del amor, nos pone en una comunicación profunda con este insondable misterio. Existe un vínculo muy fuerte entre aquellos que han dejado de vivir en el espacio y en el tiempo y los que nos encontramos aún inmerso en ellos. Ciertamente que la desaparición física de las personas queridas nos hace sufrir su inalcanzable lejanía. Ahora bien, mediante la fe y la oración experimentamos una más íntima comunión con ellos.

Cuando parece que nos dejan es en realidad el momento en el que se establecen más firmemente en nuestras vidas: los que han partido, de una manera nueva siguen estando presente en nosotros, forman parte de nuestra interioridad, y los encontramos en esa patria que ya llevamos en el corazón, allí donde habita la Trinidad. Este es el significado del gran misterio de la comunión de los santos y santas, que profesamos en el credo.

La Palabra de Dios que hemos escuchados nos anima a vivir de una manera positiva este misterio de la muerte que meditamos al contemplar el cuerpo sin vida del Padre Tarsicio. La Sagradas Escrituras nos invita a mirar la muerte de frente, con un corazón lleno de esperanza y de fe, aceptándola como ley de la naturaleza y de la gracia, medio por el cual somos despojados progresivamente de lo que debe perecer hasta encontrarnos ya milagrosamente, como dice San Pablo en aquello en que debemos convertirnos. Así la muerte se revela como un nacimiento: y este lento declinar y ocaso desembocan en un nuevo amanecer, en una mañana luminosa, en una mañana de Resurrección. ***“Porque para los que creemos en ti, Señor, la vida no termina sino que se transforma”.*** Si así vivimos el misterio de la muerte entenderemos que todos los sufrimientos, las fatigas, los dolores y las tribulaciones en la vida presente forman

parte de este necesario morir cotidiano, a fin de pasar a la vida inmortal. Y así; ***“al deshacerse esta morada terrenal, adquiriremos una mansión eterna en el cielo.”***

Por eso, queridos hermanos y hermanas al celebrar la pascua de Fray Tarsicio, les exhorto a vivir con la esperanza cierta de que un día, no muy lejano, alcanzaremos la plenitud de la vida eterna. Les invito a apoyarnos únicamente en la fidelidad del Señor, que nos ha prometido que nos llevará a la casa del Padre. De tal manera, que cuando lleguemos al ocaso de nuestra vida y nos durmamos en los brazos de nuestra madre la Iglesia, nos despertemos en el regazo de nuestro querido Padre Dios, y contemplemos eternamente llenos de gozo, su rostro.

Apoyado en esta esperanza fue que vivió el Padre Tarsicio María. Un hombre débil, limitado y pecador, como todos nosotros. Eso sí, un hombre apasionado, como el profeta Elías, de carácter fuerte y firme acogedor y generoso. Un hombre que se dejó guiar por el Espíritu y aceptando la invitación de unirse al Carmelo, supo servir con un corazón indiviso y alegre al Dios de la vida que camina con su pueblo. Vivió su vocación de Carmelita en plenitud, y con su estilo de vida, sencillo, alegre y acogedor trato de que aquellos que se encontraran con él, descubrieran la fuerza transformadora del Evangelio, a través de las claves que da la espiritualidad carmelitana. Supo disfrutar plenamente la vida, cultivo la amistad como un don precioso y pese a sus limitaciones, debilidades y pecados, se mantuvo fiel hasta la muerte. Su gran amor a la Eucaristía, a la Virgen y a la Iglesia quedará en nuestros corazones como memoria viva de un hombre de Dios que vivió plenamente su vocación sacerdotal.

Desde mi punto de vista, Tarsicio, era un hombre de sorpresas... Asombraba con sus puntos de vista y su forma de ser...hasta en su muerte se distinguió por eso. Yo le conocí en España siendo seminarista; un día se presentó en la casa de formación de los Misioneros Claretianos donde yo residía; y me dijo: “Hola, soy Tarsicio, fraile carmelita puertorriqueño, me enteré que eres puertorriqueño y que estabas aquí, así que vine a visitarte”. Desde ese día y con esa grata sorpresa, se inició una amistad que cultivamos a través de los años... de vez en cuando, vía internet, una nueva sorpresa... un mensaje de Tarsicio, Hola, ¿cómo estás? Yo bien ¿y tú?... Siempre con palabras de aliento...de ánimo...de esperanza

El pasado miércoles 20 de junio, volví a sorprenderme... Ese día en la liturgia eucarística se nos narraba en el capítulo segundo, del segundo libro de los Reyes; como el profeta Elías subió al cielo, en un carro de fuego... esta ha sido la primera lectura de hoy. Fray Tarsicio, ese día, sin previo aviso, y sin que nosotros lo esperáramos, se subió al carro de fuego del profeta Elías y se fue al cielo en el torbellino. Se separó de nosotros... se nos adelantó en la ruta que todos y todas un día vamos a recorrer y se fue... para ***“habitar en la casa del Señor, por años sin término”***

Al celebrar esta Eucaristía, en la que la iglesia que peregrina en la tierra lo entrega a la Iglesia del cielo, y en el que la orden del Carmelo entrega a uno de sus hijos mas queridos, podemos decir; parafraseando al apóstol Pablo: ***“¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo,***

que eligió en la persona de Cristo, al Padre Tarsicio , y lo enriqueció con toda clase de bienes espirituales y celestiales! para que llegara a ser santos e irreprochables ante Él por el amor."

De tal manera que en él viéramos cumplido el Evangelio de hoy: ***"¡Señor, Tú lo sabes todo! ¡Tú conoces bien que te quiero!"*** y así con San Juan de la Cruz, llenos de gratitud; pudiéramos exclamar: ciertamente ***"El alma que anda en amor ni cansa ni se cansa."***

Amados hermanos y hermanas demos gracias a Dios por la vida de este Carmelita, hermano sacerdote, amigo y compañero, que ha entrado por la puerta de la muerte, en el misterio de la eternidad. Con la certeza de saber que ***"la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, sino que se transforma y que al deshacerse esta morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo"***. Lo encomendamos a la maternal protección de la Virgen María, Reina del Carmelo, a quien en Puerto Rico invocamos con el hermoso título de Madre de la Divina Providencia, pidiéndole que lo acoja en su corazón y lo presente al Padre, para que junto con todos los santos y santas del cielo proclame ;***"eternamente las misericordias del Señor"***.

Recuerdos de Fray Tarsicio



Fray Luis María Miranda Rivera, O. Carm.

Para El Visitante

Conocí a Fray Tarsicio en el año de 1973, recién llegado de Salamanca. Tenía 26 años. Inmediatamente fundó la Comunidad de Oración y Alabanza y la llamó La Encarnación. La comunidad tenía como signo externo una medalla del Espíritu Santo. Fue nuestro formador, director espiritual y el alma de la comunidad.

Éramos poquitos, no llegábamos a ocho. Esta comunidad fue la que restauró la catequesis en nuestra Iglesia de Santa Teresita. Poco a poco nos fuimos integrando a la Renovación Católica en el Espíritu. Por varios años todos los jueves visitábamos la Asamblea de Oración en la Iglesia de los Tres Santos Reyes en Aguas Buenas, la cual dirigía Padre Tomás Forest, sacerdote redentorista.

En una ocasión, un jueves, no nos percatamos que había una tormenta y nos fuimos en mi carro cantando los coritos de la Renovación, dirigidos por el Padre Tarsicio junto con su pandereta. En el camino nos encontramos con árboles caídos, lluvia y viento, pero llegamos a Aguas Buenas.

En el 1976, al Padre Tarsicio y a la Comunidad La Encarnación nos tocó la decoración de la tarima para la coronación de nuestra Patrona Nacional, la Virgen Madre de la Divina Providencia. Entonces también tuvimos la oportunidad de vestir la hermosa imagen de nuestra patrona y recrearnos con Ella antes de su profa-

nación.

El domingo, 5 de diciembre de 1976, que fue el día de su coronación, llegué a Santa Teresita a las 6:00 de la mañana y el Padre me enseñó la imagen profanada de nuestra patrona y me dijo: "¡Que maron a la Virgen!", y lo vi llorar. Lo más triste fue cuando íbamos por el camino, y él contemplaba la gente que iba en peregrinación a pie hasta Plaza Las Américas... Y ahí rompió de nuevo a sollozar por el amor a la Virgen que siempre tuvo.

Padre Tarsicio fue quien canalizó mi vocación a la vida consagrada, pero yo le temía a dar este paso. Entonces le comuniqué que iba a entrar al Seminario Mayor Santa María de los Angeles (Río Piedras). Me advirtió que si

lo hacía, "iba a explotar la casa china". Tampoco me daría cartas de recomendación. Ahí me di cuenta que la Virgen me quería en el Carmelo.

En el 1978 hice mi profesión en la Tercera Orden y el 7 de agosto de 1979 me vio entrar en el Carmelo y fue testigo de mis momentos más sublimes: mi toma de hábito, profesión y ordenación. Fue mi amigo, confesor, director espiritual, me acompañó en peregrinación a Fátima, a Lourdes, a la Macarena, a tantos y tantos sitios visitando iglesias, y altares...

En el 1993 se celebró un congreso en Roma de formadores y promotores vocacionales. Tuvimos el privilegio y la bendición de celebrar la misa con S.S. Juan Pablo II en su capilla privada y luego la recepción en su biblioteca.

En el 1996, en su partida a Roma como Secretario General, me dejó dos herencias: confesor de las

Siervas de María del Viejo San Juan y la Orden Tercera del Carmen. Ambas herencias las he tratado de llevar religiosamente.

En estos 39 años de haber conocido a Padre Tarsicio, hemos tenido momentos de alegría, de tristeza, discrepancias, pero le doy gracias a Dios y a la Virgen por ponérmelo en el camino. Me enseñó la importancia de mi amor a la Iglesia, a la Virgen, a la Orden, a la Liturgia, de honrar a Nuestra Señora en su día (el pasado 16 de julio), hacerle su novena y sacarla en procesión, y a tener sumo cuidado con la observancia de los detalles. ¡Hasta el cielo, querido hermano! ■

(El autor es Delegado Nacional para la Tercera Orden del Carmen.)

Isabel Cintrón Moscoso, T. Carm.

Fraila ante todo. Hermano, mistagogo y amigo en grado superlativo.

Fue mi primer formador en la Tercera Orden del Carmen, cuando luego de 25 años fuera de la Iglesia decidí, por la gracia de Dios, que ya era hora “de regresar a casa”. La Madre y Hermosura del Carmelo me trajo a SU casa, pues el Carmelo es de María.

Llegué al Carmelo y me quedé como abeja en un panal, libando la miel de los sacramentos y la Palabra que nos degustaba Fray Tarsicio, que para aquel tiempo (1994) era Delegado Nacional de la TOC. Desde entonces, lo adopté como el hermano que nunca tuve, y se convirtió en confesor y consejero; a la muerte de mis padres, allí estuvo para oficiar las misas de difuntos y encausarme por los caminos del bien con su dirección espiritual.

Tras su retorno de Roma en 2002, donde ejerció como Secretario General de la Orden, comencé a asistir a la misa vespertina en la capilla de Santa Teresita para nutrirme de la Eucaristía y de sus homilías, que eran unas catequesis ricas en contenido y vivencias. Escudriñaba la Palabra, nos retaba a leer la Biblia y hacer Lectio Divina; nos inculcó su amor por los santos y por la liturgia con entusiasmo y celo apostólico. Libro que él compraba, libro que teníamos que leer, no porque nos lo impusiera, sino porque sabíamos que entre sus páginas se escondía una riqueza incalculable. Intercambiábamos películas de los grandes santos, y como buenas discípulas, nos bañamos en las piscinas de Lourdes y experimentamos el poder sanador, transformante de la Madre...

Queríamos ser santos y santas. Con gozo y entrega. Pero también nos gustaba hacer travesuras -- me encantaba retarlo--, como el día en que le pregunté si en los proyectos de limpieza de la Iglesia había indulgencias. Me miró suspicaz y me dijo: *Isabel esto se hace por amor*. Sí Padre, para la mayor gloria del Señor, pero ¿habrá indulgencias? En otras ocasiones me decía: *Isabel, hoy no estoy para bromas*. Y me paraba en seco.

Un día las dos Isabeles le hicimos una “pregunta de pasillo”: Padre, ¿qué es el cielo? Nos respondió, mirando de frente, hacia un punto lejano: *“El cielo es... es otra dimensión, aquí en la Tierra”*. Y nos dejó rumiando ese pensamiento...

No importa cómo se sintiera, siempre tenía los brazos abiertos para acogernos a todos: ricos y pobres, viejos, grandes y chicos, blancos y negros; y nos llamaba por nuestros nombres. Para él todos éramos sus hermanitos en necesidad, en esa búsqueda intensa del Señor de la Historia en nuestras vidas; en ese deseo inmenso de interpretar sus designios con sabiduría, abrazados en entrega a su santa voluntad.

Su partida súbita nos ha dejado devastados. Pero a una semana de abandonar este mundo físico, ahora pienso que el Señor nos quiere subiendo el Monte Carmelo por el camino escarpado pero recto de las nadas, de que nos habló hace 500 años San Juan de la Cruz, el poeta del Amor. Los designios del Señor son misteriosos. No entendemos. Pero como nos diría Padre Tarsicio, no es cuestión de entender, sino de aceptar por fe. Por eso hoy, junto a la Madre y Hermosura del Carmelo, repetimos su Fiat. ¡Hágase!

Christian Hernández Rosado, T. Carm.

A lo largo de mis nueve años como monaguillo de la Parroquia Santa Teresita y como terciario carmelita, puedo decir que ante todo, fue mi maestro en diversos aspectos.

De Padre Tarsicio aprendí a celebrar siempre el culto divino con el mayor esmero posible, cuidando los detalles de cada misa, celebración solemne, y de la Liturgia de las Horas, incluso.

Fray Tarsicio me enseñó a amar la Orden a la que pertenezco por medio de los sermones que hacía en las grandes fiestas del calendario carmelitano. Desde la novena del Carmen hasta la solemnidad de la patrona de nuestra parroquia, Santa Teresita del Niño Jesús.

Padre Tarsicio, por medio de su testimonio de vida y de su amor al carisma carmelitano, supo transmitirnos ese profundo amor a la Orden del Carmen y al carisma que ésta representa.

Ya cercanas las fiestas del Carmen, mi memoria comienza a revivir el amor y el empeño que él ponía en celebrar la novena y la gran fiesta de Nuestra Santísima Madre, la Virgen del Carmen.

Fray Tarsicio siempre nos insistía tanto en los sermones como en privado, que las fiestas del Carmen debían ser muy solemnes, de manera que Nuestra Santísima Madre viera cuánto la aman sus carmelitas, tanto los de la Primera Orden, Tercera Orden como los feligreses de esta parroquia.

Padre Tarsicio durante cada día de la novena nos encendía el corazón en amor hacia Nuestra Santísima Madre y nos hacía reflexionar sobre lo mucho que le debemos al Señor por habérmola dado por Madre y Patrona de nuestra Orden Carmelitana.

Cuando ya se acercaba la gran Fiesta del Carmen, el Padre se llenaba de una gran ilusión y alegría. Para Padre Tarsicio, como buen carmelita, el Día del Carmen era el día de volcarse hacia la Virgen y agradecerle tanto amor y ternura que a lo largo de los siglos Ella ha demostrado a sus carmelitas.

En resumidas cuentas, lo importante de ese día era que la Virgen estuviera contenta de las muestras de afecto que se le rindieran a lo largo de este día.

El gran legado de Padre Tarsicio para mí es un amor apasionado a la liturgia, un aprecio a la doctrina y la vida de los santos, una sed de escudriñar con mayor profundidad la palabra de Dios, pero sobre todo, un amor profundo a Jesús Eucaristía y a María Santísima del Monte Carmelo.

ELECCIONES COMUNIDAD NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, MOROVIS

El sábado 18 de agosto de 2012 hubo elecciones en la Comunidad Nuestra Señora del Carmen de Morovis, y los resultados fueron los siguientes:

Priora: Hna. Irma Pérez Colón

Primera Consejera: Hna. María Elena Rivera Pérez

Segunda Consejera: Hna. María Teresa Pagán de Jesús

Tercera Consejera: Hna. Carmen Figueroa Rodríguez

Delegada Nacional: Hna. Marcelina González Ramos

Las felicitamos de corazón y les deseamos mucho éxito en su nueva encomienda.

Le damos las gracias a la Hna. Elba Archilla que por tantos años fue la priora de esta comunidad de Nuestra Señora del Carmen.

"Amaos los unos a los otros como yo os he amado".
Juan 13, 34

Caridades Carmelitas de Puerto Rico
tiene el placer de invitarle a su almuerzo

Lazos de Amor V
Dedicado a la memoria de
Fray Tarsicio María Gotay Figaredo, O. Carm.

que tendrá lugar el sábado,
veinte de octubre de dos mil doce
a las doce del mediodía
en el Restaurante Antonio
Condado, Puerto Rico

Donativo \$75.00 por persona

R.S.V.P. (787) 318-0647
(787) 767-6149

Venerable Orden Tercera de los Hermanos
de la Bienaventurada Virgen María
del Monte Carmelo
— Consejo Nacional —

Santa Teresita
Calle Loíza 2059
Santurce, Puerto Rico 0911